



## Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



### LA MAR COMO LA VIDA

*...es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria, la mar.*

\*\*\*\*\*

José de Espronceda

Un verano más salgo a navegar con la embarcación de la familia, exhibe con orgullo el nombre de Galilea, en hebreo significa la provincia. Levanto velas desde el puerto de Jávea, gozo al contemplar desde el mar la majestuosidad del Cabo de La Nao. Apoltronado en la mismísima proa, columbrada la mirada en la lejanía, disfruto en soledad de un día diáfano, luminoso, de límpido cielo azul mientras el viento acaricia mi rostro. El aura, con lentitud muda a mis- tral, comienza a salpicarme el agua, las nubes aborregadas marcan el horizonte. Preveo que en breves instantes la mar engruese, se levanten res- petables olas, habrá que recurrir a los trajes de agua. Esta perspectiva me lleva a evocar viejos tiempos, cuando junto a mis tíos Juan y Pepe, curti- dos marinos profesionales, poníamos rumbo a la ilu- sión con indulgente ánimo sin dar demasiada impor- tancia a los elementos.

Mis tíos Juan y Pepe, maestros en el arte de vivir, antes de irse hacia otros piélagos más plácidos, me aleccionaron que en la mar como en la vida siempre se aborda un quehacer, programa u objetivo con la probabilidad de acceder a lugares donde jamás imaginaste, a lo cual con la sabiduría del pueblo lla- no añadían que navegar por alta mar remueve la esperanza, el afán de arribar al abrigo de un buen puerto. El perfecto patrón, de modo permanente buscará el óptimo fondeadero para atracar, proteger la goleta y a su tripulación. En definitiva, lo aconse- jado en estos casos: A golpe de mar, pecho sereno.



En el mundo empresarial se dan borrascas, incluso temporales capaces de hacer zozobrar el barco fa- bril o industrial mejor equipado. En cualquier enti- dad, la crisis económica, los problemas internos, el propio personal, son suficientes para producir el fra- caso. Pese a ello, al igual que los navíos, las empre- sas son capaces de resistir los heterogéneos emba- tes, vientos y mareas, tan solo se requiere que al gobierno de la misma esté un empresario capaz de capitanear la nave hasta alcanzar la apetencia pro- yectada. No obstante, en ocasiones, tendrán que buscar seguridad en un atracadero, abastecer y re- parar la nave, para una vez franqueada la tempestad volver a la mar.

Son muchos los empresarios que abrieron, inaugu- raron sus organizaciones en épocas de bonanza, cuando las economías eran prosperas, algunos ahuecando pecho se jactaban que la empresa anda- ba viento en popa a toda vela. Menguado el empuje, llegaron los vendavales, aguaceros, la mala mar se hizo presente, los mejores patrones no esperaron a que amainara, sin más cambiaron el rumbo, sacaron el lastre y tiraron por la borda cuanto no necesita- ban, aligeraron el peso, de modo que mejorados sortearon el temporal. No fue lo mismo para todos, hubo quien no supo maniobrar el navío, de suerte que cuando vinieron las intranquilidades, los sobre- saltos, las sacudidas no supieron que hacer; algunos rezaron, otros permanecieron paralizados, inmóviles y los más tan solo fueron capaces de vociferar a la tripulación, cosechando con su proceder un histeris- mo colectivo. Hubo quienes se aventuraron al cam- bio de derrota rápido, sin sopesar las consecuencias de su medida, de manera que se arrimaron a tierra buscando cuanto antes el abrigo de cualquier puerto, con el peligro que ello entraña. Muchos no pudieron anclar, naufragaron, con la lamentable pérdida de algún tripulante por despreciar lo aconsejado en es- tos casos: lo seguro es alejarse de tierra y capear el temporal.

Los parecidos, entre el completo navegante con el cabal empresario en los malos tiempos son eviden- tes, ambos necesitan llegar a buen puerto, poseer una óptima tripulación, equipos preparados para se- cundar un mismo propósito, con idéntica visión de futuro, ilusión y voluntad colaboradora. El patrón no debe culpar de sus errores al mundo, ni a las adver- sas circunstancias a las cuales se ve sometido, no está en sus manos el influir en los clientes, en cam- biar las corrientes del mercado ni en su forma de ac- tuar. No cabe luchar contra el embate del oleaje, hay que navegar a su favor, saber "correr el temporal". Nadie debería dejar entre renglones que frente al desánimo, la impaciencia, flaqueza, desesperación, inconstancia, dejadez, la mar es reflejo de la vida, exige, paciencia, constancia y tesón.